

El soldado, Yoltic y yo

Meneses Monroy

Nací el 17 de diciembre de 1984, era invierno en la Ciudad de México. Enseguida le dijeron a mi madre que había nacido un niño sano; de buen tamaño y peso. Eso era cierto, mas había otra verdad que nadie advertiría, salvo yo mismo con el paso del tiempo.

A los 15 años, en una visita a la casa de mi abuela, vi una foto de mi bisabuelo materno y el parecido entre ese muchacho de otro siglo y yo, me dejó atónito. Él, al igual que mi persona, tendría su primer hijo a los veinte años. Tiempo después, cuando decidí elaborar mi árbol genealógico y entrevistar a los familiares de mayor edad, me enteré que mi bisabuelo Yoltic, a sus 35 años, tuvo un altercado con un soldado bravucón que lo quería privar de unos terrenos. La disputa escaló, ambos dispararon sus respectivas pistolas. El soldado recibió un tiro en la cabeza; mi bisabuelo un rasguño de bala en el brazo. Después de matar al soldado, Yoltic huyó de la justicia, pero nunca recuperó su paz interior. Yo no tenía terrenos, por eso no me preocupaba. Nadie podía robarme lo que no tenía.

Aún así, con siete lustros de vida, en un fin de año, en Tepemulco, pueblo donde tienen la costumbre de echar disparos al cielo para festejar la llegada del año nuevo, estaba yo, instado por mi anfitrión a disparar al aire. De repente, un hombre a mi costado me empujó, y dijo: «Aquí estamos nuevamente, Yoltic. Esta vez seré yo quien apague tu vida». El hombre apuntó su arma hacia mí y apretó el gatillo, sin dejarme explicar que Yoltic, era mi bisabuelo, que yo era Meneses, un pobre diablo sin posesiones.

Para sorpresa mía, su pistola se trabó. Le apunté con mi fusca en su frente y pensé mil cosas en una fracción de segundo: que esta vez este hombre no acabaría como el otro con un disparo en la cabeza, que la persona que estaba enfrente era un tanto común y más baja que yo de estatura; que Yoltic o Meneses no pasarían de nuevo por la infamia de huir y esconderse de la ley. Pensé que Yoltic llevaba en sus primeras dos letras mi esencia. También, que el bigote de mi rival era un tanto ridículo, y a su vez me sentí ridículo de pensar eso.

El tiempo se había congelado, hasta que siguió su marcha con un disparo.